

REPORTAJE: CLAUDE GUELBERT
(ANDRÉ SAS, DE EURO PRESS)



Actualmente Katia ejerce su profesión de dentista en Champagne-sur-Oise y en París, ajustada hoy a una vida estrictamente burguesa.

KATIA

FRANCESA, EX TENIENTE DEL EJERCITO
RUSO, DENTISTA Y ESCRITORA, POSIBLE
PREMIO NOBEL DE LA PAZ

ERA, sin duda, el libro más importante del año; pero contaba una historia tan extraordinaria que ningún crítico se atrevió a tomarla en serio. Y los grandes premios literarios ignoraron, asimismo, la obra más interesante de la temporada.

A pesar de todo, "Teniente Katia" puede representar para su autor la mejor de las recompensas, el premio Nobel de la Paz. La obra parece

una narración fantástica, pero esta apreciación inicial es falsa. Se trata de un auténtico testimonio debido a la única francesa que ha servido como oficial en el Ejército Rojo durante la guerra mundial: Catherine Devilliers —treinta y nueve años, agudo espíritu y chispeante inteligencia—, que actualmente ejerce la profesión de dentista a la vez que cuida de tres niños y se ajusta a un modo de vida estrictamente burgués.

¿De qué forma una muchacha francesa, nacida en Montpellier en 1924, y con residencia en Polonia en 1939, pudo convertirse en teniente del Ejército de Stalin?

La suya es una biografía agitada. Hija de padre ruso —su primer apellido es Aznov—, Catherine recibió una esmerada educación y disfrutó de una infancia feliz. Pero la fatalidad hizo que al final de la década del treinta la familia viviera en Varsovia. Por

СОЮЗ СОВЕТСКИХ СОЦИА



aquel tiempo, Catherine preparaba sus estudios de Odontología. Nadie había previsto el cataclismo. En noviembre de 1939 la muchacha, que cuenta poco más de quince años, emprende, con millares de huidos de la invasión germana, el éxodo por la ruta del Este. Dirección última: Moscú. Allí reanudará Catherine, en 1940, los interrumpidos estudios.

—Era —recuerda ahora— una ciudad en calma.

Pero no lo fue por mucho tiempo. El curso de los acontecimientos le conducirá hacia el frente cuando, a finales de 1941, las tropas hitlerianas penetran en la U. R. S. S.

Entonces se produce algo que la liga estrechamente a la lucha: su amor —un amor puro, romántico— con un joven inglés de veinte años, agregado de Embajada, que le envía, periódicamente, inflamados mensajes en su idioma, con líricas imágenes recogidas de la antología de la poesía británica.

Los celos de un compañero convertirán esta ligera comedia en un sombrío drama. El idilio, mal interpretado, llega a los oídos de la Policía.

—¿Le interesa a usted tanto la poesía?

—Esta poesía, sí, desde luego —replica cuando le muestran los versos que figuran en las cartas interceptadas.

Catherine, ya Katia, aparece ante los vigilantes ojos de los Servicios de Seguridad soviéticos como una espía. Conducida a Lwow, en Ucrania, los cargos se acumulan en contra suya. Serán, finalmente, sus compañeros de armas los que la salven de tan comprometida situación.

Volverá al frente como simple soldado. A los dieciocho años seguirá un curso técnico y superará unos exámenes que le valdrán un diploma de

Catherine Devilliers, en su apartamento del boulevard Strasbourg, de París.



«Lieutenant Katia» es, en estos días, un auténtico «best-seller». Una gran foto de la autora, antiguo oficial del ejército rojo, tomada en el frente ruso durante el año 1942, cuando Catherine Devilliers contaba dieciocho años, preside los escaparates parisinos.

ingeniero: inmediatamente será elevada al grado de oficial y enviada a primera línea con la orden de hacer saltar un puente.

Catherine cuenta ahora su historia con un humor y una alegría que, sin embargo, no permiten olvidar el horror de aquellos días: las ciudades quemadas, las «massacres», todas las terribles visiones de la guerra de las que fue testigo.

—He querido liberarme de los recuerdos —dice—. Y he querido también ridiculizar la guerra. He sufrido mucho y esta es mi respuesta.

He aquí por qué el Comité del Premio Nobel de la Paz le ha dirigido una carta que dice: «Vivamente inte-

resados por su obra, le rogamos que plantee su candidatura a través de una persona calificada...»

El «teniente Katia» ha recibido la carta en su casa de Champagne - sur-Oise, cerca de París, donde vive con su marido y sus tres hijos. Catherine es conocida en la ciudad por madame Leblanc, dentista.

Desmovilizada en 1946, la única mujer francesa teniente del Ejército Rojo, terminó su bachillerato y siguió estudios de Medicina. Después contrajo matrimonio con Max Leblanc, compañero de carrera. Hoy tiene consulta abierta en el boulevard de Strasbourg, en París, así como en su ciudad.

Ha sido su jardinero la primera per-

sona que le ha dado cuenta de su popularidad.

—Seguirá la señora conservándome a su servicio?

—Pero, ¿por qué me pregunta usted eso?

—La radio, señora, habla mucho de usted, y he pensado...

Catherine, que posee un agudo sentido del humor, se ha echado a reír.

—Hay más de diez nombres en la lista de los candidatos al Nobel —ha dicho a los periodistas con su acento ligeramente eslavo—. Ahora tengo que encontrar un «padrino». Y, ¿qué opinará de mí, por ejemplo, el general De Gaulle? ¿Se dan ustedes cuenta? ¡Si yo detecto los uniformes!

